


Introducción

LOURDES P. FEMAT

Departamento de Educación y Comunicación, UAM-X

Existe una trama compleja en torno al servicio social, que incluye desarrollos teóricos, técnicas y diversidad de posiciones ideológicas, pues es polémico, multidefinido, y se le atribuyen funciones de compromiso social, misión universitaria, obligación legal, proceso de concientización, trámite administrativo y oportunidad de conocer la realidad.

Su complejidad obedece ciertamente a los elementos que intervienen en su realización: el Estado, que a través de su política establece los marcos de acción y cuya incidencia es y ha sido directa, y va desde la creación del marco jurídico (artículo 5o. de la Constitución y su Ley Reglamentaria) hasta la promoción de espacios de realización y apoyos económicos; las instituciones educativas, principales generadoras de alumnos-prestadores, que reconocen al servicio social como su principal interlocutor ante los procesos sociales; los diversos sectores que reciben los beneficios de esta acción, mosaico de intereses, conflictos y

realidades, y por supuesto los propios prestadores, sujetos a los avatares de esta problemática pero buscando respuesta a sus necesidades concretas, opiniones e intereses.

El servicio social es un elemento íntimamente conectado con los cambios políticos, sociales y económicos de nuestro país. Se le atribuye también la función de indicador de los procesos, tendencias y contradicciones manifestadas en la gran tradición de extensionismo practicado por las instituciones de educación superior.

Iniciado el presente siglo, el servicio social mostró una nación mayoritariamente rural; sus líneas de acción se encaminaron fundamentalmente al abatimiento del analfabetismo de campesinos e indígenas.

Más tarde, con la consolidación de las instituciones políticas y la necesidad del Estado de propiciar la integración del país, se crearon las escuelas rurales; los esfuerzos del extensionismo fueron dirigidos a promover el proyecto de la llamada sociedad nacional y la gestación de esta nueva realidad social que se pretendía lograr a través de la educación.

Las misiones culturales y “Casas del Pueblo” (1923), creadas por el gobierno y apoyadas muy activamente por los extensionistas que se autonombraban misioneros, nos hablan de una nueva proyección que deseaba superar los viejos cánones de la escuela tradicional para convertirla en una institución activa, exaltando el sentimiento comunal a partir de planes de desarrollo comunitario y del inicio de formas de capacitación y cambios importantes en los modos de producción en el campo.

Con el impulso de la industrialización, las acciones de servicio social fueron canalizadas hacia los problemas del impacto social que las transformaciones económicas y culturales tendrían en las diferentes regiones. Esta labor implicó el compromiso de dotar de herramientas educativas a los sectores más afectados por estos cambios y promovió la enseñanza agropecuaria y el conocimiento de técnicas de desarrollo de industrias regionales.

No obstante, el servicio social y las acciones de extensionismo, después de su principal impulso —durante



el gobierno de Cárdenas—, sufrieron un estancamiento propiciado por la burocratización y desatención gubernamental, pero sobre todo porque dentro de las instituciones educativas no se desarrollaba un sustento teórico suficientemente sólido que le sirviera no sólo para analizar críticamente la problemática del país y orientar sus acciones en este sentido, sino para cuestionarse a sí misma frente a la sociedad que pretendía modificar y al Estado que regulaba su actividad, de tal suerte que fuera consciente de los alcances que aquella le brindaba y los límites que éste le imponía.

Esta condición se mantuvo hasta los años sesenta, cuando surgieron nuevamente un interés y una preocupación por el quehacer social de las universidades e instituciones de enseñanza superior, a la luz de los acontecimientos políticos, tanto externos como internos que se suscitan y reflejan, en el caso de las universidades de corte religioso, en una reorientación de las acciones y conceptualizaciones acerca del servicio y, en el caso de las universidades públicas, en la búsqueda de un papel activo en los movimientos sociales que se estaban gestando. El Estado, a diferencia de los años anteriores, ocupó el lugar de receptor de aquellos que prefieren realizar su servicio en un ámbito institucional, a través de programas comunitarios o en la administración.

La década de los setenta imprimió al servicio social promovido por las universidades públicas que promulgaban una educación por y para el pueblo, un carácter de compromiso con las clases marginadas, un llamado a vincularse con las masas, con los sectores organizados de la producción, adquiriendo un cariz político abierto; asimismo se va creando una

base teórica más objetiva con técnicas científicas como marco de referencia para su acción social.

A principios de la década pasada, el aceleramiento de la crisis económica y la puesta en marcha, de manera intensiva, de la integración del país al mercado mundial (entrando así a otra etapa que ha sido la base para la instauración del modelo de desarrollo que estamos presenciando) y al impulso de un modelo neoliberal que establece nuevas formas de relación entre los actores sociales tradicionales, donde el crecimiento interno se encuentra basado cada vez más en las leyes de la oferta y la demanda.

La crisis del cambio afectó a diversos sectores sociales; en las universidades públicas se manifestó en una política de control presupuestal y de desaliento de programas comunitarios.

Los presupuestos, apoyos y el mismo interés por el trabajo de exten-

sionismo, decayeron y el servicio social expresó esta situación en la reorientación e incluso cancelación de programas y acciones que se encontraban ya arraigadas en muchas regiones del país.

La tendencia estaba encaminada a realizar el servicio social de forma más aislada y en instituciones del sector público, y su fuerza parecía diluirse entre pasos burocráticos, papeleos y autoridades que insistían en otorgarle el valor de un simple trámite administrativo o en el mejor de los casos conservarlo en el nivel mínimo permitido para no perder su propiedad de *servicio* y de *social*.

Sin embargo, la preocupación por el destino del servicio social sigue vigente. Los encuentros, foros, discusiones, son una expresión clara del interés que los diferentes sectores que participan en su realización mantienen acerca del tema. Una de las inquietudes que más atrae la atención de los medios universitarios es el papel social que las instituciones de educación superior juegan en el modelo de desarrollo económico y social que se impone en nuestro país.

Tales inquietudes engloban fundamentalmente dos posiciones opuestas entre sí.

Por un lado, el mantenimiento del esquema tradicional de la universidad vista como centro de formación de cuadros intelectuales, técnicos y científicos, ya sea para sostener y dar continuidad al sistema (a través del sector público o la iniciativa privada), o bien para impugnarlo mediante la formación de una élite crítica y consciente de su compromiso con los problemas de las clases mayoritarias y que en su momento inicie los cambios sociales que el país requiere.

Por otro lado, el cuestionamiento de la posición anterior basado en la

***El servicio social
es un elemento
íntimamente
conectado con los
cambios políticos,
sociales y
económicos de
nuestro país***



falta de soluciones reales para los problemas nacionales, así como la capacidad de permanencia del gobierno y por tanto la necesidad de que las instituciones educativas se proyecten a las mayorías, que se integren a éstas y que la acción educativa gire no sólo en torno a los aspectos académicos propiamente dichos, sino en una labor de extensionismo que se dedique a satisfacer necesidades concretas de la población, a la par del estudio sustantivo de la misma.

Ambas posiciones implican patrones ideológicos y políticos contrarios, de ahí que las discusiones que se derivan se vean enriquecidas día con día, aunque en el segundo caso, la labor práctica del servicio social paradójicamente se vea sacrificada en aras de la discusión teórica para demostrar su viabilidad.

Una tercera opción, ante estos puntos de vista encontrados, se contiene en la posibilidad de acercar a la universidad a los problemas nacionales, no como una institución capaz de realizar las grandes transformaciones, sino como la alternativa más adecuada de preparar científicos, técnicos e intelectuales capacitados para incidir en los procesos sociales, realizarse profesionalmente, no sólo brindando sus servicios sino divulgando los conocimientos adquiridos durante su experiencia universitaria.

Ahora bien, es obligatorio preguntarse acerca del futuro inmediato y mediato del servicio social ante el

nuevo marco económico y social que se está instaurando, y ante el impulso y prioridad que da a grupos sociales del sector privado, como ante un sector público que cada vez se acerca más a éstos, aunado a una universidad pública severamente castigada y cuyos planteamientos académicos fundamentales se ven ahora cuestionados ante la tendencia a privilegiar a los grupos privados; a un sector social que se encuentra ante la necesidad de aprender y enfrentarse a las nuevas formas sociales, económicas y culturales, y sus consecuencias en la calidad de vida, así como las posturas teóricas, definiciones, conceptos y funciones que pareciera que se alejan cada vez más de las formas concretas bajo las que se realiza esta actividad social universitaria.

El bastión del servicio social que hasta ahora se defendía en sus concepciones de compromiso social, conscientizante, formador y transmisor de conocimientos, ¿se perderá? o solamente cambiará de mano o pervivirá tal vez como una de las múltiples modalidades de prestación del servicio para quienes gusten de “confundirse con la masa”, o permanecerá vigente y prioritario, con un nuevo impulso, una nueva dinámica, adecuada a la realidad que nos envuelve, incidiendo como indicador de los nuevos problemas y nuevas realidades.

¿Hasta dónde se puede rescatar el quehacer del servicio social, asegurando su supervivencia sin reducirlo

al simple paso previo, obligado para obtener la titulación?

El foro realizado por el “Programa de Superación Académica” de esta universidad es una clara manifestación del interés que las diferentes partes involucradas mantienen sobre la posición que debe ocupar el servicio social en los procesos sociales que se están gestando y que este número de la revista Reencuentro expone a través de las opiniones de representantes de los sectores público y social, quienes son receptores de un alto porcentaje de alumnos-prestadores, del apoyo expresado por el gobierno mediante el programa de estímulos económicos, así como la manifiesta preocupación de las instituciones de educación superior, privadas y públicas, expuesta en la descripción de sus programas, en el énfasis por rescatar, actualizar e impulsar las principales premisas que estructuran y sustentan al servicio social y en la propuesta de alternativas para encontrar respuestas viables a esta problemática.

Se reconoce que el servicio social es un elemento multirreferencial, su permanencia; y sobre todo su impulso, deberá obedecer a acciones conjuntas de los diversos grupos involucrados bajo un criterio de corresponsabilidad y compromiso, evitando así que los esfuerzos desplegados recaigan sólo en la buena voluntad de unos cuantos. ▲